

Amor: teoría y práctica

Impresiones de un biblista sobre la encíclica *Deus caritas est*

Arturo Bravo¹

Es una tarea bastante compleja, además de temeraria, intentar comentar en unas pocas páginas una encíclica de esta envergadura. Esto explica el uso del término “impresiones” que me libera de la responsabilidad de un abordaje sistemático y exhaustivo a esta encíclica por lo que me limitaré a recorrerla, presentando los aspectos que me han llamado la atención.

Me causó una gran y agradable impresión constatar que en este documento, Benedicto XVI realiza la síntesis de elementos que normalmente son considerados como opuestos y tratados como si estuvieran desvinculados entre sí. La síntesis mayor, que abarca toda la carta es la expresada en el título de este artículo: “Amor: teoría y práctica”. El tema es el amor: “Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor” (nº 1), y la estructura de la carta tiene dos grandes partes, la primera que es más especulativa y que versa “sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano” (nº 1) y la segunda que es práctica pues versa sobre el ejercicio del amor por parte de la Iglesia. No sólo especula sobre el amor sino que también se refiere a su concreción en la realidad.

Ya el mismo título de la encíclica es una síntesis de dos formas diversas de titular. Sabemos que el pensamiento hebreo titulaba los libros con las primeras palabras con las que empezaba el documento. Por ejemplo, en hebreo el libro del Génesis no se llama así, sino que su título es “en el principio” (*bereshit*), que son las primeras palabras de su texto; en cambio en la versión griega de los Setenta recibe el título de Génesis, nombre dado a partir del contenido del mismo, el origen del mundo y de Israel. La forma hebrea de titular no considera el contenido del texto y esta forma se mantuvo en muchos de los documentos oficiales de la Iglesia Católica, por ejemplo, los nombres de los documentos del Concilio Vaticano II y los nombres de las encíclicas. En la presente encíclica su título unifica tanto el modelo oriental (hebreo) como el occidental (griego) puesto que “Dios es amor” son tanto sus primeras palabras como su tema central.

¹ Arturo Bravo es Doctor en Teología Bíblica, profesor del Centro Teológico de la Universidad Católica de la Santísima Concepción y miembro de la Comisión Nacional de Pastoral Bíblica.

En la introducción aparece mencionada otra gran síntesis en cuya explicación el Papa utilizará afirmaciones sorprendentes. Se trata de la síntesis entre el amor de Dios (*agapé*) y el amor humano (*eros*) entre los que existe una “relación intrínseca”, es decir, el uno no excluye al otro, como quizá estemos acostumbrados a oír en nuestros ambientes eclesiológicos, sino que lo supone. Tal relación aparece expresada en el título de esta parte “*Eros y agapé, diferencia y unidad*” (nº 3-8). Empieza mencionando que en el uso del término griego *agapé* hecho por el cristianismo primitivo hay una novedad significativa aportada por el cristianismo en la comprensión del amor. En el desarrollo de este tema el Papa recoge y responde a la gran crítica formulada por Friedrich Nietzsche al cristianismo: éste habría destruido el *eros*. Dicho de otra forma: su concepto de *agapé* habría hecho añicos el *eros*. Son varios los elementos que expone en su respuesta, de los cuales menciono los siguientes:

- El Antiguo Testamento combatió con fuerza no el *eros* sino su falsa divinización que lo priva de su dignidad divina y de su dignidad humana (cf. nº 4).
- El *eros* es una potencia ambigua pues puede contribuir al desarrollo del ser humano o conducirlo a su destrucción: “El *eros* ebrio e indisciplinado no es elevación, ‘éxtasis’ hacia lo divino, sino caída, degradación del hombre. Resulta así evidente que el *eros* necesita disciplina y purificación para dar al hombre, no el placer de un instante, sino un modo de hacerle pregonar en cierta manera lo más alto de su existencia, esa felicidad a la que tiende todo nuestro ser” (nº 4). No se trata, entonces, de rechazar o envenenar el *eros* sino de sanarlo para que despliegue toda su potencialidad y grandeza (cf. nº 5).
- La maduración o purificación del *eros* sólo es posible cuando el ser humano logra expresar su naturaleza más fundamental: la unidad corpóreo-espiritual que lo constituye. Se malogra la dignidad del ser humano si éste pretendiera ser sólo espíritu o sólo cuerpo (cf. nº5). Pero a pesar de que en el cristianismo se han dado tendencias adversas a la corporeidad, “la fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como uno en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetrán recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza” (nº 5). Aquí hay síntesis puesto que el Papa subraya el carácter unitario del ser humano contra cualquier tendencia dualista.
- Para explicar cuál es el camino de elevación y purificación del *eros*, cita en primer lugar el Cantar de los Cantares, donde encuentra un desarrollo en el que un amor indeterminado y

egoísta es superado por un amor que se ocupa y preocupa por el otro. Además es un amor que aspira a la definitividad tanto en un sentido temporal (para siempre) como “espacial” (sólo con esta persona). Aquí es donde se expresa la paradoja del amor, que es a la vez la paradoja del cristianismo: el amor es salir de nosotros mismos para abrirnos y entregarnos a los demás y en ese movimiento de entrega no nos perdemos sino que nos reencontramos y, más aún, descubrimos a Dios (cf. nº 6).

- Termina esta parte mostrando que *eros* y *agapé* no se contraponen sino que son dos dimensiones de la única realidad del amor y que si “se separan completamente una de la otra, se produce una caricatura o, en todo caso, una forma mermada del amor” (nº 8). Dentro de esta exposición afirma que el ser humano no “puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir” (nº 7), aseveración notable y muy necesaria dado que estamos acostumbrados a creer que sólo debemos dar y que no nos está permitido recibir. La razón estriba en que en realidad podemos dar amor porque lo hemos recibido de Dios, dado que Él nos ha amado primero.

Al referirse a la novedad de la fe bíblica (nº 9-11), Benedicto XVI dice que en relación a Dios, ésta consiste en que presenta a un solo Dios, por una parte, y a un Dios que ama, por otra, utilizando para explicar esto último un lenguaje audaz. Afirma que el amor de Dios “puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *agapé*” (nº 9). Habla del amor apasionado de Dios por su pueblo: “Los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces” (nº 9). Y la historia de Dios con su pueblo es una historia de amor que apunta a que el ser humano descubra en Dios su alegría y felicidad (cf. nº 9). Esta historia de amor está narrada en la Biblia (cf. nº 17). Su amor apasionado es “tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia” (nº 10), oposición que se realiza de manera suprema en la entrega de Jesucristo en la cruz (cf. nº 12). Ahora bien, la entrega de Jesús se perpetúa en la Eucaristía, la que nos une a Él, a todos los que se unen a Él y a todos los seres humanos. Esto es lo que el Papa llama el carácter social de la mística del Sacramento (cf. nº 13-14). La entrega de Jesús es la que nos habilita y nos impulsa a entregarnos a los demás, lo que resuelve sintéticamente otra oposición aparente: la que se da entre culto y *ethos*: “Así la contraposición usual entre culto y ética simplemente desaparece. En el “culto” mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amados y el amar a los

otros. Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa... el “mandamiento” del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser “mandado” porque antes es dado” (nº 14). Y éste es un principio de interpretación o hermenéutico de las grandes parábolas de Jesús como la del rico Epulón (Lc 16,19-31), la del Buen Samaritano (Lc 25-37) y la gran parábola del Juicio Final (Mt 25,31-46) (cf. nº 15).

Benedicto XVI expresa en un lenguaje sin tapujos, y por lo mismo sorprendente, la audacia de nuestro Dios cuando dice que en Él hay *eros*, que nos ama con pasión y que ese amor apasionado hace que Dios se ponga contra sí mismo. Para decirlo con un juego de palabras, es coherentemente audaz en la expresión de la audacia de Dios.

Termina el Papa la primera parte de su encíclica, por una parte, citando 1 Jn 4,20 que subraya “la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia” (nº 16). Y continúa explicando: “El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios” (nº 16). Por otra parte, se pregunta si el amor puede ser mandado y responde que es más que un mandamiento o que deja de ser un mandamiento externo porque como Dios nos ha amado primero nuestro amor es respuesta a su iniciativa amorosa (cf. nº 1.17): “Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un “mandamiento” externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros” (nº 18). Por último, afirma “que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor” (nº 17). El amor abraza al ser humano en su integridad, por lo que incluye su voluntad y entendimiento. El amor es un proceso, un camino “que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío” (nº 17).

Llegamos a la segunda parte en la que trata sobre el servicio de la caridad que “es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales de los hombres” (nº 19). La caridad es una tarea de la Iglesia porque es manifestación del amor trinitario (cf. nº 19). Yo agregaría que aquí surge un gran desafío para nuestra Iglesia local y que consiste en dar a conocer, aprender qué significa esa característica esencial propia de nuestra fe que es creer en un Dios que es Trinidad, porque no es lo mismo un Dios solitario que un Dios trino. Es necesario reflexionar y enseñar qué implica creer en un Dios trino y cuáles son sus consecuencias prácticas para la vida. Continúa el Papa diciendo que el servicio de la caridad no es algo agregado a la Iglesia sino constitutivo de ella desde sus inicios tanto en su interior (cf. Hech 2,44-45) como hacia fuera: “en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa” (nº 20). El ejercicio de la caridad es tan esencial a la Iglesia como la administración de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio (cf. nº 20-22): “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los Sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (nº 25). Pero, como se ha dicho, esta tarea no se agota en la Iglesia: “La Iglesia es familia de Dios en el mundo. En esta familia no debe haber nadie que sufra por falta de lo necesarios. Pero, al mismo tiempo, la *caritas-agapé* supera los confines de la Iglesia; la parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado ‘casualmente’ (cf. Lc 10,31)” (nº 25).

Posteriormente, establece la relación entre la justicia y el servicio de la caridad, tareas que competen al Estado y a la Iglesia respectivamente (cf. nº 26-30). En esta relación, la Iglesia contribuye, sin imponer, su propia comprensión y experiencia sobre la justicia. A la Iglesia le corresponde reavivar las fuerzas morales y purificar la razón que puede enceguerse por la preponderancia del interés y del poder que la encandilan (cf. nº 28-29). En esta tarea se ubica “la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de

comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica” (nº 28). Claramente queda establecido aquí que la Iglesia no puede ni debe obligar a todo el mundo a que comparta su visión, sino que su visión se ofrece como un aporte significativo, por su experiencia en humanidad, a la búsqueda común de la justicia. También podría objetarse que al atribuir la tarea de la justicia al Estado, da la impresión de que la Iglesia queda liberada de practicar la justicia entre sus miembros. Sin embargo, ella está regida por la caridad, la cual es más que justicia y, por tanto, la supone. Sería una conclusión errada postular que la caridad nos exime de la justicia.

Pero, además, Su Santidad constata una tremenda realidad en los siguientes términos: “El amor – *caritas*- siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo” (nº 28). Sobre todo “porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor” (nº 29). En este tema se puede ver otra de las anunciadas síntesis, pues esta parte se podría subtítular “Justicia y caridad, diferencia y unidad”, parafraseando ese subtítulo ubicado al principio de la carta: “*Eros y agapé*, diferencia y unidad”.

En la parte “Las múltiples estructuras de servicio caritativo en el contexto social actual”, Benedicto XVI refiere la inmensa miseria material o espiritual que sufre el mundo junto al crecimiento y desarrollo del sentido de solidaridad, lo que, citando palabras del Vaticano II, califica de “signo de los tiempos”. También hace notar que es un fenómeno importante de nuestro tiempo “el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado que se hacen cargo de múltiples servicios... Esta labor tan difundida es una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo sino a sí mismos” (nº 30). Aquí anuncia algo que tratará después: se trata no sólo de dar sino de darse a sí mismo, de esta forma no se humilla al que recibe. La transparencia en la gestión y la fidelidad al deber de testimoniar el amor de las entidades eclesiales deberían hacerlas una especie de modelo que anime a las instituciones civiles (cf. nº 30).

Posteriormente, delinea el perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia. Empieza con algo que es muy importante y que se podría formular de la siguiente manera: para ayudar no basta con la buena voluntad, sino que hay que estar bien formado porque se necesita competencia profesional en la ayuda que se presta. Esto ya había sido mencionado por Juan Pablo II en su Carta Apostólica “*Salvifici doloris*” cuando, tomando como modelo la parábola del Buen samaritano, indica que la ayuda prestada debe ser eficaz². Benedicto XVI, basado en la misma parábola afirma dos cosas: 1) que en el servicio que se ofrece a los que sufren “un primer requisito fundamental es la competencia profesional” (nº 31); 2) “pero que por sí sola no basta” (nº 31) porque también es fundamental una atención humana, cordial, que irradie el amor por el ser humano, amor que tiene su fuente en el encuentro con Dios por medio de Cristo, que hace que “el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (cf. Ga 5,6)” (nº 31a).

Es una caridad independiente de partidos e ideologías porque sólo se contribuye a un mundo mejor “haciendo el bien ahora y en primera persona, con pasión y donde sea posible, independientemente de estrategias y programas de partido” (nº 31b). Su programa es el del Buen samaritano, el de Jesús: “un ‘corazón que ve’. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (nº 31). ¿Habrá aquí una referencia implícita al secreto que el zorro le comunica al Principito de que lo verdaderamente esencial *sólo se ve con los ojos del corazón*?

Lo dicho aquí conduce lógicamente a la afirmación de que la caridad no se debe usar para hacer proselitismo, aunque tampoco se debe esconder a Dios ni a Cristo, y recuerda que la actuación caritativa nos hace testigos creíbles de Cristo (cf. nº 31c).

En este testimonio de caridad, los primeros que deben encarnarlo son los obispos. Cada obispo en su consagración episcopal ha prometido expresamente ser “en nombre del Señor, acogedor y misericordioso para con los más pobres y necesitados de consuelo y ayuda” (nº 32).

El Papa señala el Himno al amor de Dios de 1 Cor 13 como Carta Magna del servicio eclesial, expresando que es el resumen de todo lo que ha expuesto sobre el amor en su encíclica, pues en él se subraya la primacía del amor, amor que ha de animar el servicio y que se alimenta en el encuentro personal con Cristo. Este amor hace que nos involucremos en las necesidades y sufrimientos de los otros, lo que se traduce en un darnos nosotros mismos: “para que el don no

² Cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Salvifici doloris*, nº 28.

humille al otro, no solamente debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona” (nº 34).

Aquí viene una orientación sumamente y felizmente esclarecedora sobre el modo de servir que abarca los siguientes puntos:

- Ya se ha dicho que se trata de “dar-se”, lo que hace humilde al que sirve, porque el gran peligro de dar es que nos puede hacer sentir superiores a los demás. El gran ejemplo es Cristo quien “ocupó el último puesto en el mundo –la cruz-, y precisamente con esta humildad radical nos ha redimido y nos ayuda constantemente” (nº 35). El que ayuda no lo hace por mérito suyo sino porque también él es ayudado. No actúa por una pretendida superioridad, sino porque el Señor le concede hacerlo: es un don.
- Ante la inmensidad de las necesidades, no hay que caer en la tentación del desánimo, porque el que sirve “no es más que un instrumento en las manos del Señor; se liberará así de la presunción de tener que mejorar el mundo –algo siempre necesario- en primera persona y por sí solo. Hará con humildad lo que le es posible y, con humildad, confiará el resto al Señor. Quien gobierna el mundo es Dios, no nosotros. Nosotros le ofrecemos nuestro servicio sólo en lo que podemos y hasta que Él nos dé fuerzas” (nº 35). Si Dios gobierna el mundo, tampoco se trata de abandonar cualquier esfuerzo y caer en la más absoluta desidia o apatía, sino que “debemos hacer todo lo que está en nuestras manos con las capacidades que tenemos, es la tarea que mantiene siempre activo al siervo bueno de Jesucristo: ‘Nos apremia el amor de Cristo’ (2Cor 5,14)” (nº 35).
- El mejor antídoto ante el activismo, que nos puede conducir a ideologizarnos, y ante la resignación que conduce a la inercia es el encuentro con Cristo por medio de la oración: “La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo... La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello” (nº 36). El Papa incluso nos enseña cuál es la actitud correcta en la oración: “Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y su trabajo” (nº 37).

Termina esta parte con la constatación de la unidad que se da entre fe, esperanza y caridad. El Papa hace un llamado a no desfallecer ante el fracaso aparente. La esperanza que se fía de Dios incluso en la oscuridad se fundamenta en la fe inquebrantable en que es verdad que Dios es amor y que nos ama, lo que se ha probado históricamente con la entrega que nos hizo de su Hijo. Ese amor suscita a su vez nuestro amor a Dios y a los demás. La vocación a amar está inscrita en nuestra naturaleza más profunda porque Dios es amor y todos nosotros fuimos hechos a su imagen. No es una consideración romántica sino ontológica que brota de la antropología cristiana.

Su Santidad concluye su encíclica citando el ejemplo de los santos quienes “son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor” (nº 40). Entre ellos sobresale, sin duda, la figura de María, quien contribuyó a la salvación del mundo no tanto con una obra suya cuanto con su plena disposición a la iniciativa de Dios. Es tal su disposición que llegó a pensar con el pensamiento de Dios y a querer con la voluntad de Dios y por eso no puede ser sino una mujer que ama.

Ni siquiera la muerte, que ahora es vida junto a Dios, aleja a los Santos y a María de los seres humanos, sino que desde ese estado de existencia plenificada siguen intercediendo por los que todavía peregrinamos en esta tierra, lo que es parte del significado de la confesión que hacemos en el Credo sobre la “comunidad de los santos”³. Y esto se ve en forma superlativa en María, pues a ella se han dirigido hombres de todos los tiempos y lugares en sus necesidades y alegrías y han experimentado el don de su bondad, lo que se ve en la práctica en los incontables testimonios de gratitud y en la devoción hacia ella en múltiples lugares y culturas de todo el mundo. En esa devoción se muestra “la intuición infalible de cómo es posible este amor: se alcanza merced a la unión más íntima con Dios, en virtud de la cual se está embargado totalmente de Él, una condición que permite a quien ha bebido en el manantial del amor de Dios convertirse a sí mismo en un manantial ‘del que manarán torrentes de agua viva’ (Jn 7,38)” (nº 42). A María encomienda Benedicto XVI el servicio de amor de la Iglesia, pues María “nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva” (nº 42). Ella nos enseña que el amor es apertura a Dios y servicio al mundo, en especial a los más necesitados.

³ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nº 954-959.